

LUC VAN CAMPENHOUDT.
*COMMENT EN SONT-ILS ARRIVÉS-
LÀ? LES CLES POUR COMPRENDRE
LE PARCOURS DES JIHADISTES.*
PARÍS: ARMAND COLIN, 2017

*Eguzki Urteaga**

Luc Van Campenhoudt ha publicado su libro titulado *Comment en sont-ils arrivés-là? Les clés pour comprendre le parcours des jihadistes* en la editorial Armand Colin. El autor, doctor en Sociología y catedrático emérito en la Universidad Saint-Louis Bruxelles (USL-B) y en la Universidad Católica de Lovaina (UCL), ha dirigido durante varios años el Centro de Estudios Sociológicos de la USL-B. Entre 2007 y 2013 ha liderado igualmente *La Revue Nouvelle* que es una de las principales revistas sociopolíticas y culturales de Bélgica. Es autor de un centenar de artículos científicos dedicados a la desviación y la transgresión, los comportamientos ante el riesgo, las políticas de seguridad y las redes de actores sociales, así como de una decena de libros, entre los cuales podemos citar dos obras colectivas: *Sexual*

* Universidad del País Vasco. Departamento de Sociología y Trabajo Social. Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social, Los Apraiz, 2. ES-01006 Vitoria. Tel: (00 34) 945 01 42 60. Correo-e: eguzki.urteaga@ehu.eus. Fecha de recepción: 31 de enero de 2021. Fecha de aceptación: 12 de abril de 2021. Para citar el artículo: EGUZKI URTEAGA, "Reseña bibliográfica: An Campenhoudt, l. (2017): *Comment en sont-ils arrivés-la? Les clés pour comprendre le parcours des jihadistes*. París: Armand Colin". *Revista Derecho Penal y Criminología*, vol. 42, n.º 112, enero-junio de 2021, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, pp. 297-310.
doi: <https://doi.org/10.18601/01210483.v42n112.09>

Interactions and HIV Risk. New Conceptual Perspectives in European Research (1997) y *Réponse à l'insécurité. Des discours aux pratiques* (2000).

A su vez, este sociólogo belga es conocido por sus obras de metodología de las ciencias sociales y, en particular, por su *Manuel de recherche en sciences sociales* (2017), redactado junto con Jacques Marquet y Raymond Quivy y que ha sido traducido a cinco lenguas. A su vez, Luc Van Campenhout ha desempeñado un rol esencial en la elaboración y posterior difusión del método de análisis grupal. Su obra *La méthode d'analyse en groupe* (2005), escrita en colaboración con Jean-Michel Chaumont y Abraham Franssen, expone de manera detallada ese método de investigación-acción donde los actores concernidos por un problema determinado están directamente implicados en su análisis y en la búsqueda de soluciones. En su obra *Introduction à l'analyse des phénomènes sociaux* (2011) y, más recientemente, en *Cours de sociologie* (2014), este último fruto de la cooperación con Nicolas Marquis, expone los principios clave del análisis sociológico.

En la introducción de su último libro, el sociólogo belga constata que el terrorismo yihadista, que ha afectado a Europa, “deja [las] sociedades [que la constituyen] desamparadas” (p. 7); más aún, sabiendo que los autores de estos atentados son, en la mayoría de los casos, “unos jóvenes europeos criados en la religión musulmana o convertidos al islam” (p. 7). A partir de esa constatación, el autor plantea una serie de preguntas: ¿cómo explicar que estos jóvenes se hayan vuelto contra la sociedad en la que han crecido? ¿Cómo han podido adherirse a la corriente más intolerante y violenta del islam? “¿Cómo han sido llevados a cometer lo irreparable, tanto para sus numerosas víctimas como para ellos mismos?” (p. 7). ¿Cómo han podido encontrar el sentido de sus vidas en sus propias muertes? En definitiva, “¿cómo han llegado a esta situación?” (p. 7). Esta es la pregunta principal a la que intenta contestar el presente libro.

Existen numerosos libros y artículos que dan cuenta de los relatos y testimonios de yihadistas arrepentidos, de padres que han visto sus hijos desplazarse a territorios ocupados por el Estado islámico (EI), de trabajadores sociales testigos de estas radicalizaciones o de magistrados que han tenido que juzgar casos vinculados con el yihadismo (p. 8). Si estas narraciones proporcionan una abundante información, son esencialmente descriptivas y no permiten comprender ese fenómeno en su complejidad (p. 8).

Por su parte, la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo intentan determinar las causas del terrorismo yihadista.

[Estudian] la radicalización agresiva de ciertas corrientes del Islam, especialmente el salafismo [...], y su difusión en numerosas mezquitas tanto oficiales como clandestinas; las condiciones de vida en los suburbios y barrios [desfavorecidos]; las discriminaciones y estigmatizaciones padecidas

por parte de las poblaciones europeas de integración relativamente reciente; ciertas características de la cultura actual como el nihilismo; [...] o la fragilidad psicológica de numerosos jóvenes fácilmente manipulables (pp.8-9).

Asimismo, tratan de mostrar el vínculo existente entre el terrorismo yihadista en Europa y lo que sucede en Oriente Próximo y Medio:

los conflictos armados en Afganistán, Siria e Irak; la estrategia de extensión del EI; [o] el interminable conflicto israelí-palestino. Todo ello [acontece] en un contexto de frustraciones poscoloniales en el seno de los países árabes y de dominación del capitalismo occidental sobre la economía mundial (p. 9).

No en vano, para el autor, si algunos factores tienen una influencia no desdeñable sobre el yihadismo, no constituyen, por ello, sus causas (p. 9), dado que “una condición favorable [...] puede convertir ciertos comportamientos en más plausibles, pero, no [por ello], los provoca de manera automática y directa” (p. 10). En ese sentido, el sociólogo belga propone invertir la perspectiva partiendo, “no tanto de las causas para explicar la movilización en la acción terrorista, sino [...] de la manera en que la movilización procede y explota o no ciertas condiciones favorables” (p. 12). En otros términos, se trata “de describir y comprender los procesos que han conducido ciertos individuos a cometer semejantes masacres” (p. 13). Hablar de procesos significa que “las acciones no se [desarrollan] de cualquier forma, [sino que] presentan una cierta coherencia y una [...] orientación [determinada]” (p. 13). Esto significa que Van Campenhoudt no propone “una nueva teoría del terrorismo yihadista”, sino una serie de instrumentos teóricos que han sido poco explotados hasta la fecha de cara a mejorar nuestra comprensión de esa realidad concreta (p. 24).

En el primer capítulo, titulado “procesos corrientes con efectos terroríficos”, el sociólogo belga observa, siguiendo la tesis de Hannah Arendt (1963) sobre “la banalidad del mal”, que los atentados-suicida son acciones excepcionales, dado que “constituyen rupturas brutales en el desarrollo habitual de la vida colectiva” (p.25). No en vano, “los procesos que han conducido los [yihadistas] a cometer estos actos [...] son, en sí mismos, [...] muy corrientes. Además, son cometidos por individuos ellos mismos relativamente corrientes” (p. 25). A su vez, pocas veces, “el paso al acto extraordinario es [...] el efecto de un [cambio] repentino o de un acto de locura” (p. 28). No constituye “una ruptura con la mirada de actos precedentes, sino que se inscribe [...] en su continuidad” (p. 28).

Por una parte, el autor incide en los procesos de movilización que aluden directamente a la manera según la cual los individuos se comprometen y son llevados a participar en la acción colectiva (p. 30). En ese sentido, la acción colectiva como proceso de movilización centra la atención del autor y constituye el hilo conductor de su análisis, ya que “todos los demás aspectos de ese fenómeno [...] le están

asociados” (p. 32). Por otra parte, Van Campenhoudt indica que los procesos de movilización son procesos relacionales de cooperación y confrontación.

Conciernen las relaciones a diferentes niveles complementarios: las relaciones en el seno de pequeñas células que constituyen las unidades [básicas] de la acción terrorista; las relaciones en el seno de entornos híbridos, a la vez reales y virtuales; las relaciones entre las múltiples células que componen conjuntamente la amplia red del yihadismo global; los antagonismos étnicos; las relaciones entre los terroristas y los poderes [...] que, en el seno de las sociedades europeas [...], llevan a cabo el combate contra ellos; y, a través de ellos, las relaciones entre el terrorismo yihadista y el conjunto de la sociedad (p. 34).

Estos procesos, además de ser múltiples y de naturaleza diversa, son, “a menudo, cambiantes y aparentemente paradójicos” (p. 34). Precisamente, “de la dimensión relacional de estos procesos y de su [complejidad] resulta el carácter dinámico del terrorismo yihadista que evoluciona permanentemente en función de las situaciones en las interacciones en su propio seno y con su entorno” (p. 35).

Más precisamente, los procesos analizados en este libro obedecen

a la dinámica grupal en el seno de las células de activistas [...]; a la construcción de una identidad colectiva a partir de la oposición con los demás; a la confianza en sí mismo adquirida a partir de experiencias de confrontación, especialmente con las fuerzas del orden; a las comunicaciones y relaciones de poder en el seno de amplias redes de yihadistas; a la sensación de protección que procura la transgresión de los tabúes; a la concentración de poblaciones en ciertos barrios; a la interacción entre experiencias reales y experiencias virtuales en Internet; a [las] relaciones entre grupos étnicos en el seno de la sociedad; a la manera según la cual los yihadistas se adaptan a las reacciones del Estado y de las autoridades políticas (p. 34).

Una vez expuesta la perspectiva teórica de la obra, su autor precisa la primera clave para comprender el fenómeno yihadista, a saber, que “la unidad de acción [básica] del terrorismo yihadista es el pequeño grupo local” (p.37). De hecho, todas las acciones colectivas “están constituidas por pequeños grupos de personas que se conocen bien y se encuentran en contextos particulares” (p. 37). Estos grupos constituyen “los elementos constitutivos [básicos] o las células de la acción colectiva” (p. 38). El primer círculo está, “casi siempre, compuesto por un pequeño número de activistas entre los cuales los vínculos son particularmente fuertes y estrechos, y entre los cuales la confianza debe ser total” (p. 38). Es la razón por la cual “se trata a menudo de hermandades [...] e incluso de parejas que [ofrecen] la ventaja de protegerse [ante] los riesgos de traición” (p. 38).

En general, la célula básica consta de una decena de personas. “Ese pequeño tamaño convierte los grupos en difícilmente detectables porque están diseminados discretamente en el conjunto del tejido social” (p. 39). Ese tamaño protege los movimientos yihadistas ante las detenciones en cadena (p. 39). Y “si todos los terroristas no siguen exactamente la misma trayectoria, prácticamente todos pasan por estos grupos. Se implican en ellos de manera cada vez más estrecha y están [apoyados] por ellos hasta el final” (p. 39). En ese sentido, si, cada vez más, la radicalización empieza en Internet, “los contactos en la red no sustituyen los contactos personales directos, sino que los [refuerzan]” (pp. 39-40). En efecto, “la acción colectiva exige contactos directos [...] porque la radicalización es, ante todo, un asunto de vínculo social” (p. 40). Es poco frecuente que el terrorista yihadista sea un “lobo solitario”. E, incluso cuando el yihadista comete un atentado en solitario, se inscribe en una serie de actos realizados por varios individuos con los cuales ha mantenido relaciones (p. 40).

Además, “la radicalización de [los] yihadistas no es [...] el resultado de una estrategia externa”, aunque organizaciones islamistas puedan sacar provecho de ella y explotarla para sus propios fines: antes del atentado, para incitarlo y, después de que haya sido cometido, para reivindicarlo (pp. 40-41). Incorporándose a uno de estos grupos, “cada uno puede vincular su propia suerte a un destino colectivo. Su situación difícil, sus propias experiencias dolorosas, las dificultades a los que se ha enfrentado en su vida [y] sus fracasos [personales] [...] dejan de ser [específicos], [...] para ser compartidos con otros” (p. 41). No es cuestionado personalmente, sino que se critican “una serie de injusticias del que es víctima todo un grupo y, a menudo, toda una comunidad” (p. 41). Ese proceso se denomina “atribución colectiva”, ya que “se atribuyen una serie de problemas a una situación colectiva. Dado que se apoyan mutuamente, los temores disminuyen y las frustraciones pueden [transformarse] en voluntad de acción” (pp. 41-42).

Como lo subraya el autor,

la sensación de humillación e incluso la vergüenza, que podía [sentir un individuo] cuando se sentía solo e impotente ante las [dificultades, desvanece] progresivamente al provecho de un orgullo compartido: el de pertenecer a un grupo y de poder luchar al lado de otros [en pro de] una misma causa (p. 42).

Ese sentimiento de pertenencia al grupo es propiciado por el hecho de que “los miembros del grupo comparten una misma visión del mundo, apoyada en una serie de relatos [...]. Cada vez que el grupo se los rememora, estos relatos son [...] dramatizados y embellecidos para suscitar sentimientos favorables a la acción colectiva, [tales] como la indignación, la ira o el entusiasmo” (p. 42). En ese sentido, los discursos ideológicos y los predicamentos de los imanes radicales, tanto en las mezquitas como en Internet, “proporcionan un conjunto de recursos ideológicos

y simbólicos para ese proceso de atribución colectiva” (p. 43). A través de estos intercambios en el seno de pequeños grupos, tanto el islamismo salafista como el pietismo rigorista penetran en las mentes de sus miembros (p. 43).

Otro proceso que permite comprender el compromiso de los yihadistas en la acción colectiva es la “identificación al grupo”. Esta es, a la vez, ambivalente y paradójica, puesto que es para “afirmar su singularidad [y] diferenciarse del grupo del que forma parte hasta entonces que el joven yihadista potencial [se identifica] a su nuevo grupo de referencia y se conforma a sus valores y normas de comportamiento” (pp. 44-45). Para los que se involucran plenamente en la célula yihadista, las personas que importan realmente son “sus correligionarios implicados en el mismo grupo y en el mismo proyecto” (p. 46). Este fenómeno es aún más fuerte cuando “el candidato al yihad va a cortar rápidamente, unos tras otros, los vínculos que lo relacionan con el mundo exterior” (p. 46). Muchos de estos jóvenes “están dispuestos a arriesgar [...] sus vidas para lo que más les importa: la estima de los ‘demás significativos’”, es decir de las personas que cuentan para ellos (p. 47). Esto da cuenta de una fusión del individuo con el grupo y de una pérdida de personalidad propia (p. 47).

Otro proceso corresponde a la “polarización del grupo”. En efecto, “la fuerza del grupo radica, en este caso, en el hecho de amplificar y exacerbar las emociones, los juicios [de valor] y las implicaciones de unos y otros” (p. 49). La polarización del grupo es el “proceso por el cual el grupo polariza las actitudes de sus miembros y se convierte así en más extremista que cada uno cogido aisladamente” (p. 49). Cuando desemboca en acciones tangibles, “procura al grupo y a cada uno de sus miembros, un sentimiento de potencia y de dominio del mundo” (p. 50).

Un proceso adicional alude al liderazgo que se ejerce en esa célula básica. En efecto, estos grupos se organizan en torno a un jefe e incluso a un *emir* al que juran fidelidad y que resulta ser, a menudo, un reclutador (p.50). Los líderes de estas células “se distinguen por su carisma, debido a ciertas cualidades, como la confianza en sí mismo, la determinación, la elocuencia, la inteligencia, los conocimientos o la proximidad con personalidades prestigiosas. Deben mostrar el ejemplo si quieren ser creíbles. Su rol es doble: hacer converger las energías hacia los objetivos [marcados] y [preservar] la cohesión del grupo” (pp. 50-51).

Por último, estos grupos deben proporcionar a sus miembros los “rudimentos organizativos necesarios a la movilización y la acción”. De hecho,

los candidatos al yihad aprenden a funcionar clandestinamente, a reunirse y a preparar una acción sin ser identificados, a organizar un sistema de transporte, a fabricar bombas artesanales y a manipular armas, a asimilar el discurso justificador [...], etc. En el grupo, encuentran apoyo, ayuda y

asesoramiento para afrontar las situaciones difíciles, por ejemplo en caso de detención (p. 51).

La segunda clave de comprensión consiste en que el terrorismo yihadista “se desarrolla a partir de un entorno a la vez real y virtual” (p. 53). De hecho, “los pequeños grupos que constituyen las células de base de la acción colectiva nacen y se desarrollan en el seno de entornos sociales” (p. 54); sabiendo que “las personas que forman parte de un mismo entorno comportan un cierto número de características, valores y estilos de vida, maneras de comportarse y de hablar; [en definitiva], una sub-cultura” (p. 54). Ese aspecto tiene su importancia, ya que “un entorno induce o, al contrario, desalienta ciertos tipos de acción, los convierte en concebibles o inconcebibles, probables o improbables” (p. 54). En la razón por la cual se habla a menudo de “efectos de entorno” (p. 54).

Van Campenhoudt identifica tres efectos de entorno (p. 56).

- El primero concierne “la concentración de una población relativamente homogénea en unos espacios de vida restringidos” (p. 56). Así, “la concentración de una gran parte de la población musulmana en unos barrios y suburbios cada vez más homogéneos ha reforzado la sensación de formar un grupo aparte y desfavorecido en el seno de la sociedad” (p. 57). En su interior, las interacciones son numerosas y el control social es intenso (p. 57).

- El segundo efecto se refiere al hecho de que “lo que frustra y hiere más los que viven en ciertos barrios y suburbios desfavorecidos desclasificados, no es solamente su situación como tal”, sino la comparación de su situación con la de los demás (p. 57). Esa comparación “suscita una sensación de injusticia, humillación y revuelta interior” (p. 58). Ese sentimiento de estar privado de lo que tienen los demás se denomina “privación relativa” y constituye el caldo de cultivo de numerosas acciones colectivas (McAdam, McCarthy y Zald, 1988, p. 705).

- El tercer efecto de entorno alude a “la ausencia de solidaridad competidora”. De hecho, en estos entornos, un tipo de solidaridad tiende a convertirse en exclusivo, sobre todo cuando está apoyado por una ideología islamista radical que exige la exclusividad (p. 59). Así, “en los entornos donde el islamismo y el radicalismo están bien implantados, la ideología salafista que prona la lucha armada, no encuentra prácticamente competencia en el seno del mundo musulmán” (p. 60).

En suma, “concentración, privación relativa y ausencia de solidaridad competidora son los tres [...] efectos de entorno más importantes que favorecen la movilización en las acciones colectivas” (p. 60). Son especialmente activos en los entornos en los cuales el yihadismo recluta (p. 60). Por ejemplo, la cárcel es “un entorno donde la concentración, la privación relativa y la ausencia de solidaridades competidoras son especialmente plausibles”, de modo que el reclutamiento de yihadistas sea

activo en su seno (p. 61). Estos procesos “concurren conjuntamente a instaurar un cierto estado de ánimo y una gran sensibilidad ante el menor signo, gesto o palabra que puede [ser] considerado como un ataque a la dignidad y al respeto. Acontecimientos de gravedad variable [...] son entonces dramatizados e interpretados como provocaciones intolerables” (p. 60).

El entorno puede ser real o virtual, ya que, “con Internet, [...] la naturaleza misma del mundo, de la sociedad y de la vida social, [...] se ha modificado en profundidad, así como su percepción” (p. 62). De hecho, los mensajes que circulan en los entornos reales y virtuales se mezclan y se cruzan constantemente, “por ejemplo cuando el contacto iniciado en el mundo virtual se prolonga en el mundo real. Entre los dos mundos, las fronteras se [difuminan]. Forman juntos un entorno [...] híbrido y es esta hibridación la que le da toda su fuerza” (p.62). Además, las páginas de Internet yihadistas contribuyen “a construir un gran relato épico e imaginario que justifica el combate y la destrucción del adversario. Producen y escenifican una comunidad ideologizada compuesta por héroes invencibles” (pp. 62-63). Estas páginas de Internet posibilitan a estos jóvenes replegarse en espacios imaginarios que “permiten soñar, dejar su mente vagabundear y evadirse un instante” (pp. 63-64). En el entorno virtual, “las redes restringidas en Internet corresponden a los pequeños grupos o células de base que actúan en el entorno real” (p. 66). En ese sentido, si “los contactos virtuales juegan un rol importante y, sin duda, creciente, en el proceso de radicalización”, sabiendo que algunos yihadistas caen “en el integrismo y el yihadismo a partir de [un consumo intensivo de páginas de Internet] radicales”, esa radicalización es insuficiente para pasar a la acción colectiva, dado que esta última exige la relación directa con otras personas (p. 66).

La tercera clave consiste en que “el yihadista participa al inmenso poder colectivo de la red” (p. 69). En efecto, aunque gocen de cierta autonomía y actúan localmente, “los pequeños grupos de yihadistas mantienen relaciones entre ellos y con organizaciones terroristas de Oriente Próximo y Medio. Estas relaciones son tenues, intermitentes y necesariamente discretas. No en vano, son esenciales para la movilización de los futuros terroristas, que sea [a nivel] funcional o [a nivel] simbólico” (p. 69). De hecho, hoy en día, cualquier acción colectiva de gran magnitud funciona en red, a la imagen del terrorismo yihadista (p. 69).

[Actualmente,] a escala mundial, el terrorismo yihadista es [...] un sistema descentralizado y reticular, es decir en red, sin armazón institucional unificada. Diseminados en la sociedad, las múltiples células que la constituyen no están vinculadas entre sí por vínculos jerárquicos y funcionan sin verdadera coordinación (pp. 70-71).

Precisamente, “la eficacia del sistema [yihadista] descansa en un reparto de tareas entre el nivel global y el nivel local” (p. 71). La iniciativa de las operaciones de cierta envergadura puede ser local o no, y “la preparación [de los atentados] se

efectúa esencialmente en el país mismo o en un país vecino. [...] La realización es asumida, bien directamente por estas células locales, bien por combatientes de vuelta de Oriente Próximo, con la ayuda de una o varias células locales que los acogen” (pp. 71-72). En ese esquema, “el rol de las células locales es crucial. Es, en gran medida, a través de ellas que los futuros yihadistas y los combatientes [desplazados] a Oriente Próximo y Medio son reclutados. [...] Estos pequeños grupos disponen, lo más a menudo, de una amplia autonomía, si no es en la iniciativa, al menos en la [realización] de las acciones” (p. 72). Y, a nivel local, “pueden conectarse entre ellos cuando es necesario para la preparación y la realización de una acción” (p. 72).

El funcionamiento de una red “presenta una coherencia [y] obedece a unos principios y unas normas implícitas. Esa regulación propia a la red se opera esencialmente a partir de la base, [a través de] las comunicaciones y los intercambios entre los múltiples grupos y socios locales, especialmente vía Internet” (p. 73). “Entre células y micro-células, que forman parte de la nebulosa, las comunicaciones pasan por ciertos individuos vinculados a [...] varias micro-redes y que hacen [gala] de interfaz” (p. 74). A nivel global, el yihadismo islamista constituye, por lo tanto, una macrored que vincula un gran número de microrredes, relativamente autónomas, unas con respecto a otras, en un entramado sumamente eficaz (p. 74). “La combinación de vínculos fuertes (en el seno del grupo de base) y de vínculos débiles (en el seno de redes más extendidas) dota las acciones militantes radicales de una eficacia [superior]” (p. 76).

Con el yihadismo, el poder “se ejerce, menos por la coacción, que por la movilización” (p. 79). De hecho, en una red, el poder no es un asunto de relaciones binarias, sino que “procede de la dinámica de intercambios entre el conjunto de miembros de la red” (p. 80). En una red, el poder está vinculado a la “posición de centralidad”. “El que puede poner en contacto dos o más personas o células que no se conocen o no están vinculados entre sí por un vínculo débil ocupa una posición estratégica en la red” (p. 82). Otra dimensión importante del poder en una red de semejantes características es “la capacidad de manipular las motivaciones y los deseos [...] de los yihadistas o futuros yihadistas. [...] Esa capacidad de manipulación está principalmente ejercida por unos ideólogos salafistas, vía [...] sus obras, predicamentos y diatribas abundantemente difundidas [a través de] Internet” (p. 85).

La cuarta clave consiste en que “los yihadistas exacerbaban el antagonismo étnico” (p. 87). En efecto, “en el contexto actual de desempleo masivo y de deterioro de las condiciones de vida de las clases medias inferiores y populares en la mayoría de los países europeos, los recién llegados están [mal] acogidos, sobre todo cuando su cultura y su religión [...] presentan mayores diferencias con [respecto a las de] aquellas poblaciones instaladas desde hace un largo periodo” (p. 88). A partir de los criterios de origen étnico, religión, lengua y estilo de vida, “los

grupos son jerarquizados y discriminados”, lo que desemboca en una división y un antagonismo de base étnica que los yihadistas intentan “exacerbar para reclutar y movilizar” (pp. 88-89).

De hecho, para las poblaciones de tradición musulmana de segunda y tercera generación que residen en Europa, “el reto fundamental es cultural, [ya que], para que estén plenamente admitidos en la sociedad [...], les piden integrarse, [lo que] significa adoptar los estilos de vida y los valores de la sociedad [de acogida] y abandonar los suyos [...]. Estos estilos de vida y valores afectan especialmente a los signos de pertenencia religiosa y a los comportamientos en el espacio público, pero también en el espacio privado [en] las relaciones de género” (p. 89). El reto cultural se mezcla, a menudo, con el reto socioeconómico, dado que “las desigualdades socioeconómicas y las divisiones culturales se cruzan y se refuerzan [mutuamente; sabiendo que] la población de tradición musulmana se halla, para una gran parte, en las categorías sociales menos [favorecidas], relegadas en los barrios más pobres” (p. 90).

Para estos jóvenes, “los recursos culturales, [y] especialmente las características asociadas a la tradición religiosa y a la comunidad de creyentes, [...] ayudan a construir una identidad colectiva y a [unir] esta comunidad de destino” (p. 91). El fomento de unos ideales, presentados como un deber de obligado cumplimiento, favorecen la movilización de los creyentes (p. 91). Y, “cuando el antagonismo étnico está exacerbado, [...] el proceso de etiquetaje [se transforma en] insulto y [propicia] todas las amalgamas. Los que se sienten percibidos y tratados como extranjeros, musulmanes tradicionalistas e incluso potenciales yihadistas, pueden estar tentados por reivindicar deliberadamente ese estatus” (p. 93). En ese caso, “el antagonismo se endurece y el musulmán radical se radicaliza aún más porque su determinación es reforzada por la estigmatización de la que es objeto” (p. 93). La exacerbación de las tensiones étnicas se incrementa cuando las corrientes más extremistas del islam se expanden en la población musulmana, incluso en el Viejo Continente, a través de mezquitas financiadas y de imanes formados por países extranjeros como Arabia Saudita (p. 97).

La quinta clave alude al hecho de que “la determinación de los terroristas se forja en la confrontación” (p. 101). Efectivamente, “en todas las acciones colectivas de cierta amplitud, la dimensión conflictiva es esencial” (p. 101). Es difícil movilizarse en caso de incapacidad de definir el adversario, así como lo que está en juego en la confrontación (p. 101). En otros términos, la identificación del enemigo y del sentido de la lucha favorece el compromiso en la lucha (p. 101). No en vano, la especificidad del yihadismo, a ese respecto, es doble: no busca vencer al adversario, sino eliminarlo, y no lucha para mejorar la sociedad, sino que aspira a destruir la sociedad existente para sustituirla por “una sociedad islámica perfecta a escala del planeta” (p. 102). Para los yihadistas, el mundo se divide entre los auténticos musulmanes y los demás y “cada uno debe elegir su bando. Estar

con ellos o contra ellos, sin alternativa posible” (p. 102). De modo que, “con el terrorismo yihadista, la confrontación [adquiere] un carácter extremo y total: una lógica de guerra” (p. 102).

Según el autor, “el primer método del que disponen los yihadistas para [conducir] su enemigo a la guerra consiste en elegir el conflicto para darle una [dimensión] guerrera”, lo que ilustra la guerra llevada a cabo por el Estado islámico en Oriente próximo (p. 103). El segundo método es la provocación (p. 104). De hecho, “se observa una dimensión provocativa en la mayoría de los actos de los yihadistas”, desde el más anodino hasta el más devastador y cruel (p. 105). El yihadista busca una fuerza superior a través de estas provocaciones (p. 108).

La sexta y última clave subraya que “un encadenamiento de etapas conduce el terrorista a la muerte” (p. 115). Para que se produzca el paso al acto, deben producirse una serie de procesos y, especialmente, “interacciones en el seno de los contextos de micro-movilización” (p. 115). Con el transcurso del tiempo, “el futuro terrorista se aproxima al desenlace fatal, decisión que [...] no habría tomado de golpe. A lo largo de estas etapas, modificaciones duraderas e importantes afectan al nuevo miembro de [la] célula yihadista. Estas modificaciones afectan tanto su estatus y su lugar en el grupo como su visión del mundo y de la vida, sus disposiciones morales y estados psíquicos, sus actitudes y comportamientos ante los demás y la sociedad” (p. 116). Goffman habla, al respecto, de “carrera moral” (Goffman, 1968, pp. 179-180). La carrera moral del yihadista se caracteriza por “un encadenamiento de tres etapas que lo conducen al sacrificio final” (p. 117).

- La primera etapa corresponde a la radicalización o al adoctrinamiento, “a lo largo del cual el individuo se convierte a la ideología yihadista. [...] La radicalización se produce por varias vías, entre otras, a través de Internet y/o a la instigación de un reclutador, pero [...], en la mayoría de los casos, [sucede vía] unos contactos directos y seguidos con otros conversos relativamente próximos” (pp.118-119). El entorno carcelario es especialmente propicio a la radicalización y al adoctrinamiento. Durante esa etapa, “el individuo transforma la imagen que tenía de sí mismo, es decir su identidad” (p. 119). Esta radicalización es más rápida cuando la persona es “joven, fragilizada, influenciada y poco crítica” (p. 120).

- La segunda etapa coincide con el enrolamiento, “a lo largo del cual el converso se integra y se identifica estrechamente con el grupo y donde las convicciones se convierten en maneras de actuar y en comportamientos [...] precisos, compartidos con sus compañeros. El individuo encuentra en el grupo su lugar y sus responsabilidades propias. En ese momento, rompe con su vida anterior” (p. 120). “Los procesos de identificación, conformidad y polarización en el seno de las células de base son extremadamente poderosas [en] esta etapa de [enrolamiento], durante el cual el individuo tiende a poner su propia personalidad entre paréntesis para fundirse en el grupo” (p. 121).

- La tercera etapa “es la del paso al acto terrorista. Cuando un [...] yihadista pasa al acto, sus ‘hermanos’ saludan su coraje y su determinación” (p. 126). Sin embargo, “la solidaridad en el seno del grupo tiene como corolario [...] un control [recíproco muy estrecho]” (p. 126).

En definitiva, nos dice Van Campenhoudt en el apartado de conclusiones, “en lugar de analizar las causas del terrorismo yihadista, [es preferible] estudiar los procesos que conducen los terroristas al término de su trayectoria mortal” (p. 131). De hecho, el yihadismo “se desarrolla a partir de condiciones favorables, como la concentración de poblaciones de tradición musulmana en ciertos suburbios o ciertos barrios degradados, o [...] la evolución de corrientes radicales del islam” (p.131). Pero, estas condiciones solo son efectivas si son interiorizadas por los yihadistas (p.131). A su vez, el sociólogo belga parte de los propios actores para intentar comprender su compromiso en el islamismo radical (p. 131). En ese sentido, se interesa por “la manera según la cual los futuros terroristas se [integran] en pequeñas células locales de yihadistas; por sus relaciones en el seno de sus entornos sociales reales y virtuales; por sus intercambios en [...] la amplia red que constituye el yihadismo a escala global; por la forma en que explotan y exacerban los antagonismos étnicos en [...] la sociedad; y por su manera de provocar aquellos que consideran como sus enemigos” (p. 132).

Asimismo, muestra cómo “los procesos de movilización que los conducen a cometer acciones extraordinarias y [sangrientas] son, en sí mismos [y] tomados uno por uno, ordinarios e incluso corrientes” (p. 132). Además, los procesos estudiados son fundamentalmente relacionales y sociales. Efectivamente, “el terrorismo yihadista es una acción colectiva que implica el conjunto de individuos en relación unos con otros, pero también en relación conflictiva con la sociedad” (p. 133). Y “los estados de ánimo y [las] disposiciones de [carácter] psíquico están asociados a procesos relaciones y sociales” (p. 133).

A partir de ese análisis, el autor estima que la lucha contra el terrorismo yihadista pasa, a corto plazo, por el trabajo policial, la desradicalización y la prevención, especialmente en el ámbito educativo; y, a largo plazo, por una transformación de las condiciones culturales y socioeconómicas de las poblaciones de tradición musulmana que constituyen el caldo de cultivo de ese terrorismo (p. 134). Pero, Van Campenhoudt considera que “no es suficiente luchar contra el terrorismo para indagarlo, [sino que] hay que hacer de tal forma que los que podrían estar tentados [por el yihadismo] puedan movilizarse por otra causa” (p. 135), proponiendo un proyecto alternativo que satisfaga sus aspiraciones (p. 136). A su vez, es fundamental que el individuo esté inmerso “en un entorno social que pueda procurarle vínculos [y] la sensación de no estar aislado y [condenado] a la atomización en la insignificancia” (pp. 136-137). Por último, “la división del mundo musulmán y la debilidad de la representación política de los musulmanes no contribuyen,

ni a hacer emerger unas movilizaciones alternativas ni a la estructuración de un espacio público donde podrían ocupar un justo lugar” (p. 142).

Al término de la lectura de *Comment en sont-ils arrivés-là? Les clés pour comprendre le parcours des jihadistes*, es obvio reconocer la pertinencia de la problematización del objeto estudiado que se encuentra en el centro de la actualidad y la aplicación pertinente de teorías, conceptos y métodos utilizados habitualmente por las ciencias sociales para mejorar nuestra comprensión del fenómeno yihadista. En ese sentido, aunque no sea un especialista ni del pensamiento islamista, a diferencia de Pierre-André Taguieff (2017), ni de los procesos de radicalización, contrariamente a Benslama y Khosrokhavar (2017), consigue aportar una mirada novedosa de las trayectorias yihadistas incidiendo en la acción colectiva y los procesos. Asimismo, el autor hace gala de un perfecto dominio de las teorías y métodos sociólogos, además de ofrecer una teorización sumamente coherente y sistematizada; todo ello en un lenguaje ameno y un estilo fluido. No en vano, y de cara a matizar la valoración positiva que merece este libro, se echa en falta una mayor profundización empírica de las trayectorias de los yihadistas, así como una ilustración de sus tesis a través de casos concretos.

En cualquier caso, la lectura de esta obra es indispensable para mejorar nuestra comprensión del fenómeno yihadista y de las trayectorias de los islamistas radicales.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDRT, H. *Eichmann à Jérusalem. Rapport sur la banalité du mal*. París: Gallimard, 1963.

BENSLAMA, F. y KHOSROKHAVAR, F. *Le jihadisme des femmes. Pourquoi ont-elles choisi Daech?* París: Seuil, 2017.

CARTUYVELS, Y., DIGNEFFE, F., KAMINSKI, D., MARY, P., REA, A. y VAN CAMPENHOUDT, L. *Réponse à l'insécurité. Des discours aux pratiques*. Bruxelles: Labor, 2000.

CHAUMONT, J-M., FRANSSEN, A. y VAN CAMPENHOUDT, L. *La méthode d'analyse en groupe*. París: Dunod, 2005.

COHEN, M., GUIZZARDI, G., HAUSER, D. y VAN CAMPENHOUDT, L. *Sexual Interactions and HIV Risk. New Conceptual Perspectives in European Research*. London: Taylor & Francis, 1997.

GOFFMAN, E. *Asiles. Etudes sur la condition sociale des malades mentaux*. París: Minuit, 1968.

MARQUET, J., QUIVY, R. y VAN CAMPENHOUDT, L. *Manuel de recherche en sciences sociales*. París: Dunod, 2017.

MCADAM, D., MCCARTHY, J.D. y ZALD, M.N. "Social Movements", in Smelser, N.J. (ed.), *Handbook of Sociology*. Londres: Newbury Park, 1988.

TAGUIEFF, P-A. *L'islamisme et nous. Penser l'ennemi imprévu*. París: Editions CNRS, 2017.